



Y ahora:

a hemos visto que las transiciones políticas no tienen normas definidas para el juego político. Todo se hace sobre la marcha. Cuando comienza "la revolución" a cambiar sus propias reglas y a buscar aliados hasta ahora ignorados, la presión hacia la estabilidad y la negociación política es irreversible.

El intersticio por donde se coló la sociedad civil evidenció la erosión de la confianza y el alto costo político de la discrecionalidad y concentración del poder. Ello obligó a modificar las reglas existentes y abrirse a los derechos ciudadanos, en cierta forma para salvar la cara. Este precedente de la mesa de diálogo es una referencia a consolidar.

La sociedad civil tiene sus enemigos

Sorprende la diversificación de actores y propuestas. Sorprende que la gente aspire a diferentes formas de cooperar y coexistir, que quiera influir en lo que sucede en su entorno y que se le reconozca su aporte. La sociedad civil es un tejido de compleja estructura social "frágil y misterioso" que permite a la gente realizarse. Sus bases son las asociaciones voluntarias, la descentralización del Estado y la delegación del poder político en entidades independientes en donde la gente se inserta para construir su propio bienestar. Y ello no es otra cosa que compartir el poder, compartir las decisiones, compartir las negociaciones, compartir un proyecto de sociedad.

Quienes conciben el poder como un fin en sí mismo, son enemigos de compartir y no debiera extrañar que una vez

obtenido el poder las nuevas élites políticas sean reacias a delegarlo. Tampoco debe extrañar los peñascos que encontramos en el camino de la descentralización y la municipalización por la resistencia a transferir poderes sin rechistar, y la dificultad de ser vigilados mediante procesos participativos. El supuesto argumento de que la sociedad civil implica un enfrentamiento al sistema político es simplemente la reacción para concentrar el poder.

El verdadero pluralismo, que es sinónimo de la sociedad moderna y de la convivencia social, es generado por ese misterioso tejido. Es un pluralismo que lleva a la competencia y por ende a la calidad. Mientras surjan más iniciativas diferentes, tendremos mayor posibilidad de escoger y encontrar innovación entre las mejores. De lo contrario, depender exclusivamente de las autoridades ejecutivas o políticos centrales para decir tanto lo que hay que hacer, como la forma de hacerlo, simplemente concentra el control del poder y lo convierte en verdad absoluta e incuestionable, cuyas consecuencias han sido nefastas para el desarrollo de los pueblos.

La tentación de percibir a la sociedad civil como súbditos y no socios o aliados de un proyecto de país es grande. La renta petrolera que se estima en veinte mil millones de dólares para este año, pudiera condenarnos a reincidir en el populismo rentista y en el Estado generoso.

Si de algo estamos concientes, es del fracaso de nuestro quehacer político para crear ciudadanos, por ello no nos sorprende el empeño de los nuevos ac-

tores sociales en defender los derechos ciudadanos constitucionales. La autonomía económica de nuestro cuerpo político cuya base indiscutible ha sido la renta petrolera, terminó por destruir los arreglos sociales de una democracia participativa. No había interdependencia entre el poder político y la generación de riqueza ciudadana. Y este peligro no está conjurado, ya que podemos seguir corriendo la arruga. La sociedad civil tiene como tarea nada fácil irrumpir en el cuerpo político para contribuir a la gran tarea de hacer que tanto libertad como política sean conquistas del esfuerzo productivo de todos.

Hay que comenzar a gobernar

Pasada la tempestad el barco tiene que tomar rumbo hacia el puerto. Atrás deben quedar las turbulencias de la provisionalidad. De la transitoriedad hemos aprendido que cae la productividad, los ingresos fiscales y la confianza de la gente. Los viejos hábitos no desaparecen por decreto. Ni todo lo existente es fruto de simples y banales caprichos. Hay que comenzar a gobernar.

Es así que se impone la construcción de un orden mínimo. Hay que poner en orden la casa. Hay que ordenar las finanzas. Hay que armonizar los diferentes actores con reglas del juego compartidas. Y ello implica ordenar los recursos fiscales, establecer una jerarquía presupuestaria y fortalecer las instituciones en su especificidad y su responsabilidad. Gobernar significa capacidad y eficiencia para enfrentar problemas y producir soluciones.

¡a gobernar!

Pero no de cualquier manera. Es el momento de asumir una acción planificada, con objetivos claros en donde se inserte el compromiso de abrir los espacios para la inclusión como sujetos activos de todos los sectores, y en especial de los amplios grupos populares. Esto requiere no imposición, sino participación y responsabilidad en lo que se busca y se propone. Por ello, gobernar implica reconocer y concertar la acción del poder central con los grandes canales regionales y locales para llegar a todos los rincones de la sociedad. De allí que gobernar es el arte del diálogo y no del monólogo; de la negociación y no de la imposición; de la coestión, de la cooperación interpersonal y grupal y no del individualismo.

Por algo se dice que el camino al infierno está lleno de buenas intenciones. Gobernar no es sólo un problema de voluntad, por el contrario implica conformar equipos humanos capaces de estimular y comprometerse con la acción y el riesgo de las decisiones. Pero poco pueden trascender los mejores recursos humanos si no se desarrollan estructuras organizativas a través de las cuales circulen las decisiones, se supervisen los resultados y se inserte la gente en su propio quehacer.

Gobernar no es sólo sobrevivir. La visión de corto plazo puede resolver emergencias, pero no construye sociedades.

La sociedad moderna reconoce la complejidad y el manejo del conflicto. No lo evita. Por el contrario, de los intereses contrapuestos produce innovaciones que enriquecen las alternativas de la diversidad. Gobernar es aceptar el conflicto, y canalizarlo con las propias fuerzas de la sociedad.

Corresponde al Estado en su dimensión política y al gobierno en su función directiva facilitar las condiciones de intercambio y legitimidad para agregar la diversidad de intereses y construir un nuevo "contrato social" cuyo objetivo implique el crecimiento económico y la equidad de su disfrute en los integrantes de la sociedad. Y esto no es otra cosa que crear las condiciones para ejercer la ciudadanía.

¿Sentimos ausencia de gobierno?

La anomia que se vivencia en un existir "rialengo", en donde lo identificable son las cifras de víctimas de la violencia semanal, el cierre de puestos de trabajo o simplemente la ausencia de recursos para el aumento salarial decretado, son expresiones concretas del vacío de dirección.

Pareciera ciencia ficción que ante la inseguridad ciudadana, la cual es responsabilidad prioritaria de un Estado moderno, la respuesta gubernamental es aconsejarnos que no salgamos de nuestras casas y menos de noche. Casi no nos queda otra que recurrir a María. Nos preguntamos si es incapacidad declarada o hay otros intereses detrás de ello. Por lo pronto, y hasta que no se nos demuestre lo contrario, creemos que hay incapacidad para convocar la experiencia y el conocimiento existente y necesario; que hay torpeza y desconfianza para formar equipos, trazar objetivos y escuchar alternativas; demasiada ignorancia arrogante que desconoce los procesos y la complejidad de la vida colectiva, del significado de lo público para articular alianzas eficientes y eficaces.

Creemos que la ausencia de gobierno también refleja la carencia de una burguesía nacional organizada que exija, presione y comparta responsabilidades. La tolerancia lejos de ser una virtud, puede ser declarada impotencia e indiferencia.

Hay que gobernar. Hay que empezar a gobernar. Si es incapacidad, "reconocer es de sabios". Abramos la convocatoria al potencial existente. Demasiados hechos históricos nos demuestran el resultado del sectarismo y de la ceguera del poder. Busquemos interlocutores para encontrar respuestas. En la mesa del diálogo surgieron sorprendentes propuestas, en la negociación se encontrarán capacidades de acción consensuada y en la coestión, estaremos compartiendo el quehacer de nuestra propia transformación.

Sacarle provecho a las contradicciones de la sociedad no es exacerbarlas. No se trata de crear abismos ni pretender una armonía perfecta en el juego de las relaciones de poder, pero sí asegurar que las naturales contradicciones establezcan puentes para que puedan fructificar.

Indudablemente que el problema principal es empezar a gobernar...

Editorial